

el sentimiento de los defensores de Sa-gunto y Numancia. España es siempre España, y el pueblo, ¡el pueblo es siempre el héroe!

Extraño era el espectáculo que presentaban aquellos hombres sucios y mal vestidos. Aquellas escopetas viejas, corroídas por la herrumbre, deterioradas por el tiempo, armonizaban con las chaquetas no menos deterioradas, con los pañuelos, que hacían el oficio de gorras, con las rojas fajas, con toda aquella indumentaria curiosa y extravagante.

En algunos, á la escopeta, habían sustituido una pistola, otros tenían un hacha de *hacer leña* y el capitán llevaba un pequeño zapapico que pendía de un cinturón de cuero.

Nada más extraño que aquel grupo dominado por un solo sentimiento, el sentimiento patrio. Nada más austero que aquel puñado de valientes en el que se mancomunaban las libertades de un pueblo indómito y el vigoroso circular de la sangre ardiente; el latido de amor y el deseo de venganza, el grito de rabia y la humilde y fervorosa plegaria. Nada más sublime que aquellos hombres que esperaban tranquilos la muerte.

La calle sucia y lóbrega en la que se ostentaba la barricada, comunicaba por medio de un callejoncillo con otra, no menos triste y que desempedrada también, había cooperado á la obra.

Por aquella calle hubiera podido el enemigo realizar un movimiento envolvente para tomar de revés la barricada.

Manazas (que así llamaban á su jefe aquella gente) no sabía nada de estrategia, ni de táctica, ni de nada de cuanto al arte militar se refiere; pero estaba dotado de ese instinto que hace precaver el peligro. Algunas veces él mismo decía: «yo soy muy zorro.» Así es que tapó la entrada del callejón con una porción de piedras que alcanzaban dos metros de altura; alojó allí seis hombres y otros tantos en las dos casas laterales perfectamente parapetados detrás de los colchones que había mandado colocar en las ventanas.

Cuando vió concluido todo aquello, decía frotándose las manos: «que vengan, que vengan; ¡en seguida me la van á pegar esos pillos!»

Yo llegué á la barricada merced á un accidente fortuito. Nos batíamos en una de las casas contra la cual el enemigo había lanzado una masa de hombres considerable; cayeron los más osados ó los más bravos, pero al fin la puerta fué derribada y se trabó en el interior una de esas luchas desesperadas, salvajes, inconcebibles. Al salir los pocos que salir pudimos, un pelotón del enemigo nos cerró el paso, saludándonos con una descarga que derribó en tierra á tres de mis desgraciados compañeros. Yo no sé por dónde escapé; creo que por una callejuela que había á mi izquierda. Enegrecido por el humo, jadeante, muerto de sed llegué dando vueltas y revueltas á una calle oscura y silenciosa donde se oía el eco continuo de la lucha como la repercusión de un lamento. Cuando estuve en la barricada todos me rodeaban pintándose en sus rostros la ansiedad; yo no tuve fuerza más que para articular muy bajo: «¡agua!» al mismo tiempo que ren-

didó por el cansancio me dejaba caer en el suelo.

—Vamos, habla hombre, habla—me dijo Manazas—así que yo hube bebido un buen trago. ¿Qué tal va la cosa?

—Mal, muy mal, le respondí con desesperación; el enemigo es ya dueño del Ayuntamiento.

Algo como una nube cruzó por la contraída frente del patriota, de aquel hombre inteligente y noble; pero al momento se repuso y exclamó mirando á sus compañeros, con una sonrisa que presagiaba el triunfo: «¿Si se habrán figurado esos gabachos que son ya los dueños del pueblo?»

La cosa (como decía Manazas) iba de mal en peor, y los defensores de la barricada para quien no pasaba desapercibido la triste verdad, cambiaban de vez en cuando miradas de angustiosa incertidumbre.

Todo era silencio y sombra entre aquellas dos paredes húmedas y deterioradas; ese silencio precursor de la tempestad cuando el viento se adormece, el cielo pierde su azul y la naturaleza calla.

El tiempo pasaba lento y angustioso: á nuestra retaguardia se oyeron los golpes de un tambor que tocaba con arrebatado.

—¿Qué es eso?—preguntó Manazas.

—Tocan retirada—le contesté yo.

—¡Retirada!... ese bestia se ha vuelto loco: al primero que se mueva lo divide.

Y rápido como una ardilla, se encaramó en un montón de piedras, desde el cual podía mirar por encima de la barricada.

—Ya llegan, ya llegan—exclamó al poco tiempo:—oye tú avisale al *Puceta*; mucho ojo y que no desperdicie la pólvora. Vaya, chicos, continuó diciendo, prepararse *tó Dios*: allí falta uno, que nadie haga fuego sin que yo lo mande: ¿Me habéis comprendido?

Y seguía dando órdenes, y miraba y volvía á mirar por aquellos agujeros, troneras irregulares por donde se asomaban las bocas negras de las escopetas.

—Son muchos, son muchos,—decía Manazas en voz baja,—y qué *apretaos* vienen esos *maldecios*: mejor, así mataremos más.

Los franceses avanzaban, en efecto, en apiñada columna y con el arma al brazo, silenciosos y sin precipitación.

Su actitud no podría ser menos hostil. Diríase al verlos que desconocían el peligro, ó que conociéndolo querían hacer alarde de bravura ó desprecio, alarde que resultaba ridículo teniendo una superioridad numérica extraordinaria.

Entonces fué cuando Manazas abandonó su observatorio y se dirigió adonde el cañón estaba. Parecía que lo acariciaba, después de haber modificado un tanto su emplazamiento, parecía que le daba palmaditas como diciendo: «á ver cómo te portas».

Y el cañoncillo lo debió entender, porque cuando Manazas gritó: «¡fuego!», le contestó con una detonación formidable, monstruosa, y la masa enemiga vaciló un momento detenida por la metralla.

—¡Fuego!—volvió á gritar Manazas; una nube de humo impidió ver por un momento al adversario.

Algo como un rugido, semejante al del león herido, llegó hasta la barricada, al mismo tiempo que una multitud de infantes se lanzaban al asalto con rabia.

El empuje fué rudo: otra vez se oyó la voz de Manazas que gritaba ¡fuego!, pero desde entonces no se volvió á oír una detonación, entablándose pecho á pecho y hierro á hierro, esa lucha sorda cuyo desenlace está encomendado al arma blanca.

En la callejuela también se batían con fiera aquellos bravos; pero eran pocos, muy pocos y mal guarnecidos detrás de aquel débil obstáculo de piedras.

Manazas se había *alargado* á ver cómo andaba aquéllo y volvió corriendo.

—Tú—dijo señalándome á mí—tú y tú también *Mochuelo*; los tres allí: ¡largo y mucho ojo!

* *

Nos batimos bien, ¡vive Dios!, y nos vencieron porque nuestro esfuerzo eran los del pobre náufrago que intenta vencer contra las olas.

Trabajo les costó á aquellos pillos (como les decía Manazas) el apoderarse de la mísera callejuela, y cuando el tropel saltó victorioso sobre nosotros, nos encontraron con los brazos cruzados, imposibilitados ya para oponer la más mínima resistencia. Todo había concluido.

Cuando pasamos por la barricada conducidos por unos cuantos soldados, y atados (porque nos ataron como á ladrones), Manazas estaba muerto al lado del cañoncillo, y su mano crispada tenía preso el mango de un hacha. La sangre había impreso una cinta roja que, naciendo en la frente, iba á morir junto al pescuezo entre sus enmarañados cabellos. En su rostro inanimado quedaba la desesperación producida por la derrota, y en la comisura de sus labios contraídos por la postrer convulsión, aún parecía leerse: ¡fuego!

R. GARCÍA DE VINUESA.



LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCIÓN

La Fábrica de Armas blancas de Toledo. Con este título ha coleccionado su autor D. Hilario González en un tomo de 104 páginas, los artículos que hemos tenido el gusto de insertar en esta revista.

Nada hay, pues, que decir de su mérito é interés, porque ya han tenido ocasión de apreciarle nuestros abonados; conviene, únicamente, agregar que en un volumen manuable y esmeradamente impreso, pueden los aficionados á esta clase de estudios llevar en el bolsillo los preciosos datos que encierra y comprobar muchos de ellos á presencia de los modelos y originales en él descritos.

Nuestra enhorabuena al Sr. González. *Artículos profesionales* de D. Juan Moreda y Esteban. Como en todos los trabajos de este escritor, hay en el que nos ocupa, sobriedad y datos curiosos que el público no podrá apreciar por ser la edición tan limitada que sólo consta de 50 ejemplares.